



nisterio, bien fuese porque el rey le hubiese manifestado sobre este punto su terminante voluntad, bien pro que sacrificase á los deberes de su ministerio sus afecciones y hasta sus promesas en favor de la Gran Bretaña, negó al ministro inglés, á pesar de toda la porfía que éste sostuvo por medio del embajador de su nacion, Mr. Keen, todo favor directo ni indirecto de España en la guerra cuyo estallido se hacia ya sentir entre ingleses y franceses. Estos por su parte sostuvieron el mismo empeño con nuestra córte; pero tampoco salieron mejor librados, siendo los esfuerzos de una y otra potencia más bien que ayuda, rémora para que España se decidiese por ninguna.

Empezaron entretanto las hostilidades, primero en ambas Indias, y despues en el mismo continente, uniéndose ingleses y prusianos contra franceses y austriacos: hiciéronse á la parte de éstos la Rusia, la Suecia y una porcion de Estados alemanes; Dinamarca y Holanda conservaron prudentemente su neutralidad; de modo que el gobierno británico se halló fuertemente apurado con tantos enemigos, y no menos Federico II, cuyo reino ofrecia tantas entradas al invasor. Con todo, era tan grande su arrojo y su destreza, que sin dejarse amilanar por las circunstancias, tomó la ofensiva, se hizo dueño de Sajonia, y rechazó á los austriacos en Praga; pero obligado despues á cejar ante la superioridad numérica de sus contrarios, se recogió á Silesia, mientras rusos y suecos entraban sin resistencia por el territorio prusiano. Los franceses por otro lado derrotaron al ejército inglés en Hastenbeck, ocuparon el Hannover y la parte prusiana del círculo de Westphalia, y una expedición de los suyos, al mando del mariscal de Richelieu quitó á Inglaterra la importante isla de Menorca. Así empezó la famosa guerra llamada por su duracion *de siete años*, en la que despues, volviéndose las cosas del estado en que estaban al principio, adquirió el reino de Prusia la importancia que ha conservado hasta nuestros dias, y quedaron los franceses con poca honra.

En tal situacion, Inglaterra debia tener un gran interés en atraerse la cooperacion de España: lo tuvo en efecto, y lo demostró entre

otras cosas ofreciendo formalmente el célebre lord Chatham, padre del no ménos célebre Pitt, y que era á la sazón el ministro de más influencia y popularidad en Lóndres; la restitucion de Gibraltar á Fernando VI con tal que nuestra nacion comprometiera sus armas con las de Prusia y la Gran Bretaña.

No aceptó nuestro gobierno esta oferta, tanto más cuanto que venia acompañada de muchas restricciones, entre otras la de que habíamos de ayudar nosotros mismos al gobierno inglés para la recuperacion de Menorca. Más generosos fueron los franceses, ó por mejor decir, á más alto precio quisieron pagar nuestra ayuda, pues ya nos habian ofrecido cedernos dicha isla sin restricciones, ayudarnos al recobro de Gibraltar é influir juntamente con la córte de Viena para que el infante D. Felipe fuese colocado en el trono de Polonia á la muerte de su rey Augusto, lo cual no se haria esperar mucho segun lo quebrantado que andaba de salud este monarca. El proyecto fué muy sostenido por la viuda de Felipe V, atenta siempre al engrandecimiento de sus hijos; pero el rey lo rechazó, así como todas las demas ofertas, más deseoso de mantener la paz en sus reinos que de nada. Mas de estas intrigas resultaba, que el partido francés iba creciendo en número de dia en dia, y que el partido inglés, mal visto por la generalidad de los españoles, se iba reduciendo cada vez más en torno de Wall, que aburrido de aquellas luchas llegó á pensar seriamente en abandonar el ministerio, y á quien el público empezaba á mirar con malos ojos por su mucho apego á la Inglaterra.

El *borbonismo*, como llamaban los agentes ingleses á nuestras simpatías con Francia, iba haciendo singulares progresos, y complicándose las intrigas con gran disgusto de todos, y en especial del rey, cuando dió nuevo giro á los asuntos y á las esperanzas el fallecimiento de éste, ocurrido con el siguiente motivo. La reina María Bárbara, aquejada hacia tiempo por una enfermedad crónica, murió de resultas de ella el dia 27 de Agosto de 1758. El sentimiento por aquella desgracia influyó con tanta energía en el ánimo de su esposo, que encerrado en el castillo de Villaviciosa, negándose á toda



comunicacion sobre asuntos políticos y á recibir á nadie, sin exceptuar á veces á su mismo hermano D. Luis, descuidando la satisfaccion de sus más perentorias necesidades, víctima, en fin, de la más negra melancolia y de las más extrañas alucinaciones, pasó Fernando VI cerca de un año en este estado de desesperacion, hasta que su pena y el mal trato que se daba acabaron con su vida el dia 10 de Agosto de 1759, á los cuarenta y siete años de edad y trece de su reinado.

El pueblo sintió mucho su muerte y lamentó la brevedad del tiempo que habia ocupado el trono, porque la templanza de su gobernacion, el esmero con que habia subvenido á todas las necesidades, y el patrocinio que habia dispensado á todos los méritos, eran suficiente motivo para que Fernando VI se hiciera querer de sus vasallos, á pesar de que su persona no fué simpática, ni su carácter amable, ni su inteligencia despejada, ni sus maneras seductoras. Compensaba la falta de estas prendas con las buenas dotes de su corazón: era económico en sus propios gastos, pero liberal para remediar las necesidades ajenas; más sensible á los afectos de la humanidad en general, que á los de la amistad en particular; su amor á la paz lo hizo enérgico para resistir las instigaciones de los extranjeros y hasta el apremio de los individuos de su familia, y á esta paz tan bien sostenida durante casi todo el reinado de que vamos tratando, así como á la inteligente direccion de Ensenada, se debió el desarrollo de nuestra monarquía y las mejoras de nuestra situacion material, proyectadas en el reinado de Felipe V, emprendidas en el de Fernando VI, y llevadas á feliz término en el de Carlos III.

Nuestras rentas estaban en muy buen estado; las cajas de nuestro tesoro henchidas de riquezas; ninguna deuda se contrajo, y á pesar de todo (cosa extraña) no sólo se pagaron los créditos de Felipe V, sino que tambien se exigió á algunos particulares (por lo general funcionarios publicos) que cediesen al erario una parte de sus rentas. Favorecióse al comercio facilitando los cambios por la intervencion del mismo gobierno en los descuentos, y considerando á la moneda y los metales preciosos

como cualquiera otra mercancía: gran adelanto en nuestra administracion.

Siguieron en esta época cultivándose las letras con más erudicion que gusto, figurando entre los prosistas Sarmiento, el P. Isla y el eruditísimo D. Gregorio Mayans y Ciscar, y entre los poetas D. Agustin Montiano y Luyando, que inauguró entre nosotros con poca aventura la tragedia pseudo-griega que corria con mucha boga entre los franceses. La música fué muy cultivada, y tuvo por su mejor representante á Farinelli, aunque extranjero. Las nobles artes, si bien favorecidas por el rey con la creacion de la Academia de San Fernando, no tuvieron tampoco mucho medro; siendo el recuerdo más considerable que de allá nos queda el real monasterio de las Salesas de Madrid, en cuya construccion se invirtieron considerables sumas, y en cuya iglesia descansan los cuerpos de los régios consortes. Baste con lo dicho sobre el reinado de Fernando VI.

El monarca en su testamento habia declarado por sucesor de sus reinos á su hermano Carlos III, y por regente, mientras éste no viniese á tomar posesion de la corona, á su madrastra Isabel Farnesio, la cual, contra lo que de ella se esperaba, tomó en el gobierno la menor parte posible. Dicen que para estorbar la coronacion de Carlos, se formó su partido oculto y bastante poderoso, muy apoyado por la Francia, en favor del infante D. Felipe; pero este plan, sea de ello lo que fuere, no llegó á hacerse manifiesto. De todos modos, Carlos sabía la noticia de lo que por acá pasaba; tomó el título de rey de España, y determinó venir á ejercerlo en cuanto acabara de arreglar los negocios de su antiguo reino. En primer lugar el duque de Parma pretendia suceder á su hermano Carlos en el trono de las Dos Sicilias, y lo apoyaban el Austria y la Cerdeña, por tal de agregar á sus propios dominios la primera los ducados de Parma y Guastala, y la segunda casi todo el de Plasencia, segun quedó convenido cuando la paz de Aquisgran. Pero Carlos repugnaba esto, por cuanto queria dejar á uno de sus hijos en el trono de Nápoles: opúsose, pues, y gracias á que Cerdeña es-



taba muy debilitada entonces, y el Austria muy ocupada en sus guerras con la Prusia, logró frustrar la ambición de su hermano, dando al rey de Cerdeña una suma para indemnizarlo por la pérdida de las tierras que esperaba, y satisfaciendo al Austria con algunas consideraciones y con el ajuste del doble casamiento de Leopoldo, presunto heredero del gran ducado de Toscana, con una infanta de España, y del archiduque José con una princesa de Parma. Zanjada esta primera dificultad, colocó Carlos III en el trono de Nápoles á su hijo Fernando, excluyendo á Carlos, que era el primero por su incapacidad mental, resultado de unos ataques epilépticos que padecía; arregló la sucesión de aquel trono, llamando á él á sus dos hermanos Felipe y Luis y sus descendientes, en caso de que faltase descendencia directa de Fernando, y le cedió á éste su propia espada diciéndole: «Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo: de él la he recibido y os la doy. No la saqueis nunca sino en defensa de la religion y de vuestros súbditos.» Palabras que, por buenas que fueran, no pasaban de ser una ceremonia, puesto que la persona á quien iban dirigidas, ni las comprendió entonces, ni se aprovechó de ellas en adelante. Hecho esto, y establecido un consejo de regencia para que gobernase durante la menor edad de Fernando, Carlos III se despidió de los que habian ya dejado de ser sus súbditos, y que lo vieron partir penetrados de cariñosa tristeza por los buenos

recuerdos que dejaba en aquel país. Después de una próspera travesía aportó á Barcelona, donde restituyó á los catalanes algunas de sus antiguas prerogativas, y el día 9 de Diciembre entró en Madrid. Uno de sus primeros actos fué levantar el destierro á Ensenada y su confidente Ordeñana, que tambien habia participado de la desgracia de su señor; pero dejó menguadas las esperanzas del marqués, el cual esperaba subir otra vez al ministerio. En cuanto á Farinelli, aunque se le conservó la pensión que se le habia señalado por Fernando VI, fué expulsado inmediatamente de España á la solicitud de la reina madre. Retiróse muy afectado á Bolonia, donde vivió en paz hasta la edad de setenta y ocho años, acaeciendo su muerte en 1782.

Carlos III efectuó su entrada ceremonial el día 16 de Julio de 1760; recibió el homenaje de sus súbditos, é hizo jurar por príncipe de Asturias á su segundo hijo Carlos, excluyendo al primero por la misma causa que lo hizo en Nápoles. En cuanto á los ministros, conservó á Wall y á los demas que habian servido á su hermano, excepto al conde de Valparaiso, ministro de Hacienda, en cuyo lugar puso al marqués de Esquilache, que habia servido á Carlos, por mucho tiempo en Italia; hombre honrado, y activo y no desprovisto de inteligencia, si bien en calidad de extranjero revolvió contra él los ánimos de casi todos los españoles.

CAPÍTULO VIII

Reinado de Carlos III.

Era el nuevo rey, aunque no muy sobrado de instruccion, de inteligencia fácil y de buena memoria; muy metódico, tanto para coordinar sus ideas como para distribuir sus ocupaciones, muy celoso de su autoridad, aunque sin hacer uso de ella hasta casos extremos: algo desconfiado, y con un teson á toda prueba. Manifestaba constancia en sus odios y en sus amistades; era afectuoso y benévolo, á no ser cuando creia que la expresion de sus afectos era contraria á su dignidad. Tan apegado estaba á la majestuosas exterioridades de la corona, que su carruaje no se paraba nunca, aunque tuviera que pasar sobre el cuerpo de uno de sus servidores, porque juzgaba esta detencion indecorosa para el tren de un rey. Su energía natural y su desconfianza adquirida á fuerza de desengaños, habian determinado en él un gran imperio sobre sí mismo, y héchole tener muy á raya sus sentimientos. Era piadoso hasta la supersticion, justo hasta el rigor, casto hasta la intolerancia; confió en sus ministros, pero los tuvo subordinados á su respeto; simpatizó con la Francia, pero nunca se dejó gobernar por ella. En cuanto á los ingleses, jamás los quiso bien, y ménos desde el día en que siendo rey de Nápoles, se presentó una escuadra inglesa en su puerto para imponerle perentorias con-

diciones y reducirlo á una forzada neutralidad. Mostró además mucha afición á los ejercicios corporales, y en especial á la caza, para lo que le ayudó muy bien su robusta complexion. En suma, fué mejor rey que Fernando VI; pero se le quedó inferior como hombre de sentimientos.

Entretanto la guerra de siete años habia tomado un nuevo giro: las armas inglesas y prusianas, que al principio se habian movido con desventaja, ya habian traspasado toda su desgracia á los contrarios. El rey de Prusia derrotó á los franceses en Alemania; los ingleses echaron al mar sus escuadras, y con no ménos brío obtuvieron por do quiera inmensas ventajas contra las fuerzas de Luis XV; en Alemania combinándose con las huestes de Federico II para echar al francés de los Estados de Hannover y Brunswick; en Francia bombardeando á Havre de Grace; estableciendo bloqueo sobre los puertos de Dunkerke, Brest y Tolon, y estorbando á fuerza de destrozos el desembarco proyectado en las costas de Inglaterra, so pretexto de entronizar al pretendiente en América apoderándose del Canadá, de la isla de Guadalupe y demas adyacentes, y en Africa haciéndose dueños de Gorea y del Senegal. Carlos III decidió romper la política de neutralidad que en tiempo de su antecesor se habia